

La discriminación hacia las personas adultas mayores

Concurso literario

Adriana Marta Canestri

José María Gómez

Mónica Valeria Mansilla

Diana Rosa Martínez

Daniel Antonio Molina

Hugo Pisa

Lucía Marianela Ruidiaz

Andrea Claudia Russo

Claudia Beatriz Samter

Catalina Seinhart



La discriminación hacia las personas adultas mayores

Concurso literario

Adriana Marta Canestri

José María Gómez

Mónica Valeria Mansilla

Diana Rosa Martínez

Daniel Antonio Molina

Hugo Pisa

Lucía Marianela Ruidiaz

Andrea Claudia Russo

Claudia Beatriz Samter

Catalina Seinhart



La discriminación hacia las personas adultas mayores : concurso literario /
Adriana Marta Canestri ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eudeba,
2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-23-3171-3

1. Literatura Argentina. 2. Relatos. 3. Cuentos. I. Canestri, Adriana Marta.

CDD A860



Eudeba

Universidad de Buenos Aires

Primera edición: julio de 2021

© 2021

Editorial Universitaria de Buenos Aires

Sociedad de Economía Mixta

Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires

Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202

www.eudeba.com.ar

Diseño de tapa: *Pablo Alessandrini*

Corrección y diagramación general: Eudeba

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-23-3171-3

Índice de contenidos

A. Categoría: mayores de 60 años

Viejo verde

José María Gómez

Como todos los días

Claudia Beatriz Samter

Campeones

Andrea Claudia Russo

Un día más como muchos anteriores...

Daniel Antonio Molina

Las historias de María

Diana Rosa Martínez

B. Categoría: hasta 60 años

Anacronismo

Adriana Marta Canestri

Envejecer

Catalina Seinhart

Vos podés

Lucía Marianela Ruidiaz

Raro

Hugo Pisa

El sueño de Juan

Mónica Valeria Mansilla

A. Categoría: mayores de 60 años

Viejo verde

José María Gómez

Todo se desencadenó a partir de una discusión como las que habitualmente ocurrían en la comida de los martes. Ferrari, el más intolerante del grupo, vociferó, terminando el helado: *¿a vos quién te va a dar bolilla, no ves que sos un viejo?* Todos siguieron comiendo como si nada, aparentando no haber oído el impropio, nadie tenía ganas de ponerse a discutir pues ya lo conocían. *Ya se va a arrepentir*, pensaría García, el abogado, *y va a terminar pidiendo disculpas, como siempre.* Fernández, el lustrador de muebles, que estaba en la otra punta, tal vez no escuchó nada pues andaba con problemas de sordera. Gómez, el escribano, seguramente sí escuchó, pero sería el último en abrir la boca, era el más tímido de todos y odiaba discutir, sobre todo con Ferrari porque empezaba a gritar y le costaba refrenarse. Después se le pasaba, de los cinco el único que le contestó fui yo, claro, porque a mí me lo decía. Acomodé la cucharita del helado a un costado de la copa, lo miré, en ese momento me di cuenta de que había envejecido mucho, más que nosotros, tal vez por la vida que llevaba, pero igual se lo dije, me había herido y no me iba a quedar callado, no esta vez: *viejo, serás vos que bajaste la persiana, yo no soy como vos, yo todavía tengo ganas.*

Nos conocemos desde siempre, como suele decirse, y nos reunimos a comer todos los martes a la noche en El Español, que está en Rincón y Alsina. Al principio no nos poníamos de acuerdo y deambulamos por distintos lugares. A Fernández le gustaba el Cervantes, sobre la calle Perón, se come bien y barato, pero siempre está lleno y no reservan mesa, tuvimos que hacer cola muchas veces y no nos daba el cuero, había que ver a Ferrari protestando. García, que es el más exquisito, nos quería llevar a Babiaca, en Santa Fe y Riobamba; a mí, por razones personales, ese lugar me encanta, pero no nos daba el presupuesto. *Hay gente rara ahí*, decía Ferrari dando la nota como siempre, pero nadie le contestó, yo tampoco. Fue a Gómez a quien se le ocurrió lo de comer en El Español, él vive cerca de allí y conoce a los mozos, nos tratan bien y aprovechamos las promociones. A mí me

gusta cuando nos atiende Ismael, es un muchacho del interior muy simpático que vuelta a vuelta se sienta un ratito con nosotros, le gusta hablar conmigo. *Esta es la mesa de los abuelos*, nos dijeron una vez; fue el mozo del segundo piso, un atrevido, no subimos más ahí; Ferrari por una vez estuvo bien, le contestó con altura: *¿y dónde están los nietos? Si ves a alguno por ahí, tráelo*. Decía que nos conocemos desde hace mucho tiempo. García y Gómez fueron socios, tenían un estudio jurídico hasta que se retiraron, y son viudos los dos. A Fernández lo conocieron cuando renovaron los muebles, el hombre es el mejor lustrador de Buenos Aires – eso dice él y le creemos–, tuvo que dejar por la artritis y encima escucha poco, *eso es por meterte cera en las orejas, a falta de otra cosa*, le dice Ferrari para alegrarlo un poco. Ferrari trabajaba de encargado de edificios, pero justo cuando estaba por jubilarse lo echaron, decían que no podía subir a la escalera para cambiar las lamparitas; la cuestión es que el asunto lo perjudicó, ahora cobra la mínima y no llega a fin de mes. Gómez y García, que lo apreciaban, quisieron evitarlo en su momento, pero estaban en minoría en el consorcio; ahora lo ayudan con algún trabajito, aunque nadie dice nada, por discreción. Y yo los conozco porque fui el médico de todos, a decir verdad los conozco bastante, por dentro y por fuera, más por fuera, claro, porque de lo que les pasa en el interior casi nunca hablamos; rectifico, lo empezamos a hablar esa noche, me quise sincerar, y aquí estamos.

El tema que discutimos fue el amor –o el sexo, para ser más claro–; yo sé que a la gente no se le pasa por la cabeza que los viejos podemos tener sexo o deseos, y si alguno de nosotros quiere experimentar, se lo guarda, no lo cuenta, mantiene el secreto como si fuera un despropósito, *viejo verde*, propalan los ignorantes, una expresión cargada de reproche, de estigma, y a nadie le gusta ser discriminado. El color verde, lo digo para que todos lo sepan, se asocia a lo que está sin madurar, pero también se puede entender como juventud, vitalidad, un viejo verde sería un hombre que a pesar de su edad tiene vitalidad, energía. Yo tuve que cursar latín en la facultad, le explicaba a mis amigos en la mesa que verde significa *viridis*, referido al vigor, y, en el caso de los árboles, aquellos llenos de savia, de vida, nada de lo que avergonzarse, al contrario. Nadie sabe por qué en algún momento de la historia un vocablo que fue orgullo se convirtió en afrenta para los mayores. Eso les explicaba y todos escuchaban con atención, aunque no decían nada, *a quién le importa o, mejor dicho, a quién hacemos daño con*

querer seguir haciendo el amor con nuestros semejantes, enamorarse, sentir la piel del otro, lo sé por mi profesión, insistía, nuestra piel necesita calor, afecto, roce, una de las necesidades esenciales del ser humano es el contacto físico. Gómez se animó a intervenir, de todos ellos era el que mejor escuchaba, ya que no hablaba mucho. Eso lo leí, dijo por fin, los niños que no reciben caricias y besos en esa etapa, por ejemplo, los huérfanos en las instituciones, sufrirán por eso problemas de autoestima. Pobres, se me parte el alma... y a los viejos, agregó mirándonos a todos, se sabe que los afecta mucho la falta de contacto físico, los que viven solos, los que no se animan a... ¡Y yo no soy un huérfano!, exclamé, interrumpiéndolo; una pareja de jóvenes que ocupaba la mesa vecina miró hacia nosotros un instante y enseguida siguieron con lo suyo, parecían muy enamorados, los envidié sanamente. Por eso agregué, al verlos y porque tenía la palabra en la boca: Yo me quiero enamorar, quiero hacer el amor, a quién le importa. Y Ferrari me dijo esa barbaridad. Diez minutos después me pidió disculpas, como siempre.

En realidad yo ya estaba enamorado, y debo confesar que además estaba haciendo el amor con la persona, a mis setenta años; lo que quería era contárselo a todos mis amigos, decirles la verdad, anotarlos de que, de ahora en más, íbamos a ser seis en la mesa de los martes.

Como todos los días

Claudia Beatriz Samter

Que me calle, siempre me dicen lo mismo. Como si una fuera tonta...

—Vamos, che, basta de caprichos, comé, bastante que te tengo que tener la cucharita... si no, con ese tembleque te manchás toda —escucho como tantas otras veces.

La cuchara me atora la boca, despacio, no puedo así, dejame tragar. Su mano enérgica no sabe de esperas, ni hablar de una caricia; siempre apurada, como si una fuera una automática. Claro, con lo que les pagan, a la tarde tiene otro trabajo y ya está atrasada, pero yo no puedo tragar tan rápido. Empiezo a toser, me golpea la espalda mientras lanza por lo bajo “lo único que falta ahora es que te me inspires. Tomá, dale, tomá un traguito de agua”. El líquido me ahoga más, chorrea mi nariz, los ojos se me llenan de lágrimas, toso, toso hasta que mi boca ya no puede contener el bocado.

—¡Ay, Juanita, ya me tenés harta; la próxima, que venga tu hija a darte de comer!

Desaparecen ella, el plato y el vaso: solución fácil. Poco después de los consiguientes golpes en la espalda, miro avergonzada a mi alderedor. Todos miran, nadie ve ni escucha.

Me recuesto en mi silla de ruedas, cierro los ojos.

—¿Quién sigue? Estoy llamando...

Todavía escucho la voz, creo que ahí lo percibí por primera vez. Los guiaba solo la obligación. No veían el bastón ni entendían el dolor de espalda, cuando tan resueltos nos pasaban de la oficina de la obra social al consultorio médico, para retornar a la farmacia y encolumnarnos nuevamente a la espera de una bendita receta. Que no está especificada, que falta la fotocopia del documento, que dígame al médico que tiene que poner tratamiento prolongado...

Dormir, necesito dormir un rato, estirarme para alinear mis huesos.

—Mariela, me llevás a mi cuarto por favor.

Que ya va, que ya te va a tocar el turno, esperá.

Es la palabra que me ronda todo el día. ¡Esperá! Estiro mis piernas en busca de alivio.

“Hernia de disco” había dicho el traumatólogo. ¿Hace cuantos años ya? Me apoyo sobre los isquiones, luego sobre un lado... el otro. ¡Si supieras Mariela como duele esto! Por fin unas manos prácticas ponen en marcha la silla, me voy para adelante cuando cruzamos el umbral. Mariela genera una barrera con su mano mientras un “ya está, viejita” me informa que llegué a destino.

Me levanta, corre la frazada y me arropa en segundos. Saltan las lágrimas. El “viejita” me regaló un dejo de ternura.

—Chau, Juanita, hasta mañana —me llega desde el pasillo, y yo, a veces, le tomo la mano con más fuerza, para retenerla un poquito conmigo. Ella tiene caricias para mí, hasta algún guiño cómplice cada tanto.

El calor de la frazada me envuelve. Momento de olvido, no tengo que rendirle cuentas a nadie. Llega el sueño-muerte. Silencio, paz.

A la hora y media abro los ojos. Escucho el ruido de la cocina, los platos se golpean, las cucharas se derraman sobre las bandejas tronando sobre el metal, el aroma a leche tibia se desparrama superponiéndose al de los orines.

—Lo mejor para la abuela es llevarla a un geriátrico —escuché un día.

—Está todo el día sola.

—No sé —decías, hijita. Pero la practicidad y la necesidad de trabajar no te dio opciones.

Preguntarme casi no me preguntaron... más bien una chorrera de razones salpicó mis mejillas entre besos de ellos y lágrimas que intenté disimular cuando asentí con un resignado “tienen razón”.

Se prende la luz.

—¡Arriba, Juanita!

Hoy le toca a Belén. Tan morocha como retacona se acerca a mi cama. Me descorre la frazada. Tengo frío, tanto frío. Frío de abrigo y de abrazo.

—Vamos, ayudame con el pie, así te pongo la media.

Me acomoda el pelo con el peine compartido con Coty y Mercedes. A esta edad uno ya está hermanado para tantas cosas. Ya no sos dueño ni de tu ropa ni de tus enseres. Se mezclan fortuitos en la lavandería.

El olor a té con leche y tostadas me sigue abriendo el apetito. Margarina y mermelada se mezclan en mi boca y generan el deseo irrefrenable de sentir su crujir suave. El sol entra por la ventana del hogar.

—No comas tanto, Juanita, después te hace mal.

Yo no escucho, mi mano se ancla desesperada sobre el plato. No paro, eso lo defiendo sin concesiones. Ya bastante me sacaron.

Suena el timbre. Horario de visitas. El salón se llena de voces, momento de acumular sonrisas, algún “¿cómo estás?”, una masita que me convidan. ¡Tu abrazo, hijita! Bebo tu mirada tan cariñosa como preocupada, te calmo, me calmás... Me traés los exteriores, ese mundo al cual hasta hace poco pertenecía. Llegan novedades sobre Joaquín que aprobó el parcial y Micaela que se está preparando para el campeonato de vóley. Que sí, que por supuesto, que el domingo vienen sin falta. Desagotás todas las novedades para llenar los silencios tan largos que viven en mí. Estamos de las manos, te siento, me sentís. Minutos para los cuales vivo contando horas y días, que se arrastran.

Renace la madre en mí, veo tu cansancio, siento la laxitud de tus dedos. Suena el celular, es Pedro.

—Ay, me olvidé –replicás—. Bueno, bueno, en un ratito paso, quedate tranquilo –lo calma. Su mirada se oscurece, las pupilas con los reflejos de la luz recién encendida, porque el sol dura poco, me contactan. Ya sé, es hora de dejarte ir una vez más. Me abrazás, beso rápido, promesa de “en cuanto tenga un minutito paso” y yo diciendo “sí, sí, andá nomás, que no vayan a cerrar”.

Me acomodo en mi silla, esa sí que es mía, ella y yo quietitas nos quedamos a la espera de que nos muevan a donde corresponda, cuando llegue la noche.

Campeones

Andrea Claudia Russo

—¡Chicos, apuren que estamos llegando tarde! ¡Ana! ¿A vos también te tengo que decir? —protestaba Esteban intentando que su familia se metiera en la Hilux.

Julia, 16 años, la mayor de sus tres hijos, era la más reticente a la hora de dejar la cama. Los sábados salía con amigos y no volvía antes de la madrugada. Luego estaban los mellizos, dos años menores que Julia. Liam, el más disciplinado, producto del entrenamiento en el equipo de fútbol juvenil, apuraba a su hermano para bajar a desayunar. Lucas solo quería despertarse para ganar el juego de roles *online* en el que venía participando desde hacía una semana. Entre los tres no existía ni trato ni destrato; los envolvía una cotidiana indiferencia limitada a pasarse el pan o la ensalada durante las comidas. Ana cursaba las últimas materias de psicología social, las tenía pendientes desde el nacimiento de Julia. “No sé si estoy terminando la carrera, o la carrera está terminando conmigo”, solía quejarse cuando llegaba extenuada y se desplomaba en el sofá. Encima hasta le habían puesto una materia los sábados. Hacía seis años que Esteban se dedicaba al negocio inmobiliario. Primero tomaba propiedades en alquiler, luego se animó a la compra-venta y ahora intentaba extenderse al loteo de terrenos y propiedades en la costa. No le iba nada mal. Salía los viernes a la tarde para conocer y evaluar oportunidades *in situ* y regresaba con el último vuelo de los sábados. Es decir que los domingos ninguno tenía ganas de pasar por el geriátrico, buscar a Marcial y almorzar afuera.

—Es un rato al mediodía, una vez a la semana, ¿no? ¡No es para tanto!

Además hoy cumple años —les decía Esteban.

—¡Estoy cansada, dormí apenas tres horas! —se quejaba Julia.

—Pa, por mí, todo bien; pero acordate de que jugamos a las cinco en Sarandí —decía Liam.

Lucas miraba por la ventana, sin ganas de intervenir, como si no fuera parte del grupo. Su atención estaba puesta en la estrategia que iba a implementar cuando volviera a conectarse a la computadora.

—Podrías decir algo, ¿no? —Esteban le reclamó a Ana.

—¿Qué querés que diga? ¡Ni se debe acordar que cumple años! No tengo ganas de discutir siempre lo mismo. Ya sabés mi opinión, pero por lo que te importa...

—¡Es que no podemos venir una vez por mes solamente! Si cada vez que venimos le tengo que recordar el nombre de los chicos, imaginate si los ve una vez al mes.

—El nombre de los chicos y el mío —contestó Ana—. No solo se le olvida cómo me llamo sino que te pregunta quién soy. ¡Y, encima, lo hace a propósito! ¡Si conoceré esa sonrisita que pone!

—Bueno, ya estamos llegando. A ver, chicos, por favor, cambien esa cara. Y vos, Ana, entendé de una vez, ¡soy su hijo! ¿Te puede entrar en la cabeza? —Ana lo miró y fingió una sonrisa que Esteban no creyó.

Bajaron del auto. Sobre el portón de entrada, un cartel de fondo celeste con letras en verde fluorescente y la leyenda *Nuevo Amanecer*. Cuando la enfermera los vio, se acercó a saludarlos y les dijo: “Ya lo bajo, está vestido desde temprano”, y subió al ascensor. Esteban clavó los ojos en Ana, que le desvió la mirada.

Marcial tenía 89 años. Recordaba a la perfección cómo había formado Huracán para el campeonato del 73, pero no recordaba qué había hecho el día anterior. Quince años habían pasado desde que quedara viudo. No había querido ni vender la casa de Parque Patricios ni mudarse a Caballito a vivir con Esteban. Se arreglaba con la jubilación y la pensión por viudez. Las reuniones en el club del barrio o la cancha los domingos ayudaron a hacerle llevadera la tristeza durante los primeros años. Todo cambió después del accidente. Esteban, que lo traía de un control médico, tenía que pasar a buscar a Liam por el club antes de dejar a Marcial en Parque Patricios. A contrarreloj, se adelantaba a cuanto auto se le pusiera enfrente. Juró mil veces que el semáforo estaba en amarillo cuando decidió pasar. El choque impactó en el asiento del acompañante. Pese al golpe intenso, Marcial “se salvó de milagro”, dijeron las enfermeras en el sanatorio. Comenzó a usar bastón y perdió reflejos. La memoria se le fue yendo de a poco. Al principio, Esteban no se daba cuenta o tomaba esos olvidos como algo circunstancial. Pero cuando lo llamaron desde la comisaría para decirle que lo habían encontrado deambulando en las inmediaciones de la cancha de Huracán, Esteban decidió que su padre ya no podía vivir solo. Como

tampoco podía pagar una persona que lo cuidara, se decidió por el geriátrico. Marcial aceptó. No quería ser una molestia para nadie.

¿Qué habrá para desayunar hoy? Ayer nos dieron mate cocido con leche, pero no lo tomé porque tenía nata. “Se te hizo nata porque lo dejaste enfriar”, dijo la muy falluta, “Si te doy otro, seguro lo vas a dejar enfriar también, así que te aguantás hasta el mediodía”. Y tuve que tragarme el pan con manteca en seco. Falluta, después se hace la simpática cuando viene Esteban. Le tengo dicho mil veces que no me traiga chocolates porque me los roba. Pero Esteban no me cree, dice que me olvido dónde los guardé. Voy a buscar a Vicente a ver si quiere que desayunemos juntos. Hace días que no baja. Voy a golpearle la puerta.

Vicente había llegado al hogar dos años antes que Marcial, era de San Lorenzo, pero eso no fue obstáculo para que se hicieran amigos. Se hacían bromas mutuamente. “¡Qué campeonato nos mandamos!”, provocaba Marcial. “¡Sí! Lástima que se quedaron con las ganas de dar la vuelta olímpica en Boedo, ¿no?”, ironizaba Vicente. Entonces, Marcial inclinaba la cabeza hacia la derecha, como buscando el recuerdo y decía: “Huracán, 16 de septiembre de 1973”. Y recitaba la formación en estricto orden alfabético. “Avallay, Babington, Basile, Brindisi, Buglione, Carrascosa, Chabay, Houseman, Larrosa, Roganti y Russo”. Luego agregaba, “Larrosa convierte el penal”. Sonreía satisfecho, bajaba la mirada y murmuraba con orgullo, “Campeón Metropolitano”.

“¡Dale, Vicente, despertate y bajemos a desayunar! ¿No me escuchás? ¿Viste? Tanto cargarme y quedaste más sordo que yo... Dale, che, que la falluta va a decir que dejamos enfriar el mate cocido a propósito”. “¿La falluta seré yo?” Oyó la voz de Mercedes a su espalda. Marcial se sobresaltó y para disimular, se encogió de hombros y dijo: “habrás escuchado mal, yo no dije eso. Solamente quiero desayunar con mi amigo”. Mercedes alzó los ojos resignada y negando con la cabeza le recordó: “Vicente murió hace dos semanas, vos fuiste a la capilla con todos nosotros” y agregó, molesta: “¿Cuántas veces te lo tengo que repetir? ¡Venís todas las mañanas y golpeás la puerta y Vicente no está más acá!”. Marcial quedó impactado, confundido, como si nunca hubiera oído esa noticia. Sin decir palabra, bajó con Mercedes al comedor, se sentó y clavó los ojos en la taza; ensimismado dejó pasar un largo rato, luego alzó la mirada buscando a Mercedes y le dijo: “se le hizo nata”.

Apenas los vio llegar, el mozo se acercó a saludarlos y los llevó a la mesa de costumbre. “¿Qué tal si comemos algo liviano y nos guardamos para el postre? Hoy tenemos una sorpresa, ¿no es así?” dijo Esteban mirando a su familia. “Sí, por supuesto” intervino Ana intentando ser amable y, mirando a su suegro, agregó: “Hoy festejamos tu cumpleaños, ¿a que no te acordabas?”. Marcial repitió: “¿Mi cumpleaños, hoy?”. Y luego, como si interrogara con los ojos, miró a los chicos y a Esteban y preguntó: “¿Y ella quién es?”.

Cuando llegó la torta decorada con el escudo de Huracán y dos velitas con el número noventa, todos estaban más relajados. Brindaron, se sacaron fotos con Marcial y Esteban pidió la cuenta. “¿Podemos llevar al abuelo a que me vea entrenar?”, pidió Liam. “Buena idea”, se apuró a contestar Ana, “Nosotros tres nos volvemos en taxi, tengo mucho que estudiar”. Lo único que Julia quería era dormir y Lucas solo pensaba en el juego de rol, es decir, ninguno protestó.

Marcial dejó que decidieran por él y entró al auto. Llegaron a Sarandí, comenzó el entrenamiento y se sentó junto a Esteban en la tribuna. De a poco se fue interesando en las jugadas hasta entusiasmarse con los pases que hacía su nieto. Estaba muy presente y disfrutaba. “Este chiquito... ¿cómo se llama?”, preguntó a Esteban. “Liam, papá, se llama Liam. Es tu nieto”, le contestó. “Mi nieto...Liam... ¡Juega muy bien! ¡Muy bien!”

La vuelta al geriátrico fue silenciosa. Esteban quería acostarse temprano, Liam estaba cansado, transpirado, pero contento de haber entrenado y que su abuelo lo viera. Marcial tenía la mirada tranquila, se veía pensativo y con la cabeza inclinada hacia un lado, como metido en sus recuerdos. Bajó del auto, se despidió de Liam con un beso. “Lindo chico”, le dijo. Esteban lo acompañó hasta el *hall* de entrada. Marcial caminaba con pasos cortos, indecisos y, al mismo tiempo, se sentía ansioso por llegar. Besó a su hijo y entró. Mercedes lo recibió, “¿Qué tal el cumpleaños?”, le preguntó mientras le guiñaba un ojo a Esteban que ya se iba. Marcial no contestó. “Ahora mirás un rato de tele con los demás y, después, una sopita liviana y a dormir. Habrás comido demasiado, me imagino”. Marcial siguió sin contestar, se paró frente al ascensor y la miró. Mercedes dio un suspiro profundo para hacerse de paciencia y lo acompañó hasta la habitación. Solo en su cuarto, se quitó los zapatos, se puso las chinelas y despacito abrió la puerta. Se aseguró de que la enfermera no estuviera por allí y salió del cuarto. La mirada le brillaba y se le iba dibujando una sonrisa, movía

lentamente la cabeza, como asintiendo a sus propios pensamientos. Caminaba lento; al llegar a la puerta golpeó suave y esperó. Insistió y esta vez golpeó con un poco más de energía, sin esperar contestación dijo en voz bien alta, “¡Vicente! ¡Despertate de una vez! ¡Ya tengo al jugador que nos va a volver a hacer campeones!”.

Un día más como muchos anteriores...

Daniel Antonio Molina

Se levantó sonriente, alegre. ¿Cómo no estarlo? ¡Ese día cobraba la jubilación!

Se puso la prótesis dental, se dirigió al baño y aprovechó la oferta comprada “dos por uno”: dentífrico de segunda marca y líquido antiséptico para los buches. Se bañó y, recordando consejos vecinales, usó el jabón de lavar la ropa, le habían dicho que era mejor que el perfumado; en realidad no quería gastar en algo fácilmente reemplazable, después de todo utilizaría agua de colonia.

Fue a la cocina y cumplió con la regla de “desayunar como un rey”, total sabía que a la noche cenaría como mendigo. Acompañó su mate cocido con galletitas de agua untadas con margarina. Prendió la TV y escuchó, vio las primeras noticias del día, muy parecidas a las de días anteriores: la canasta familiar, carestía de la vida, los asaltos a jubilados, las cremas *antiage*... Sumó unos mates acompañados por unos bizcochitos novedosos para él: cocinados al horno y sin sal. Los primeros rayos del sol daban en su cara en la que, con lo que había ingerido, resaltaban las venitas. Miró el reloj y arrancó rumbo al banco.

Llegó a la parada del colectivo. Se puso en la cola. Dejó pasar varios no solo porque iban llenos sino porque los de la fila no le permitían el paso, aunque la edad lo ameritaba. Por suerte subió a uno, acomodó su cuerpo como pudo. Su cabeza parecía una marioneta suspendida entre los hombros de los pasajeros. El chofer lo miraba por el espejo, esperaba que alguien le diera un asiento. Nada. Muy firme expresó: “¿Quién facilita un lugarcito a un representante de la tercera edad?”. Nadie respondió. Lo dijo por segunda vez, no escuchó ninguna voz. A la tercera, frenó el colectivo y antes de que repitiera lo mismo, una señora grande, con mameluco, quizás a punto de jubilarse, le cedió su asiento. El hombre no quiso aceptarlo. La mujer, a tono con los últimos movimientos femeninos, se impuso: “¡Usted se sienta acá!”. Con vergüenza agradeció la gentileza.

Al rato se puso a mirar el movimiento callejero, mientras, nuevamente, su cara reflejaba el color de las noticias oídas en el desayuno; se hacía eco ahora, en vivo y en directo, de los comentarios: “No sé por qué estos viejos no se quedan en sus casas”. “Nosotros también estamos cansados. Tenemos algunos achaques”. Las palabras de gente joven y de mediana edad pegaban como latigazos de antaño.

Suena su celular, la hija le pide que lo ponga en altavoz. Todos los presentes se enteran de que tiene turno –por suerte– con el especialista en dos meses y que se prepare para un estudio que le harán quince días antes de la consulta, por la madrugada, pero que no se preocupe por el viaje, lo llevan en ambulancia, además de cenar liviano la noche anterior, como si el hombre no supiera lo que vive todas las noches...

Unas gotas de lluvia corren por la ventanilla, son grandes, persistentes, la visión de los negocios se pierde. Con todo, ve cómo la gente abre sus paraguas, los chicos se cubren la cabeza con las capuchas de las camperas. Faltan pocas cuadras para bajar, pero no faltan las molestias de los pasajeros para dar lugar a su cuerpo deslizarse para bajar. Se escucha socarronamente: “Hay que comer menos...”, como si no lo hiciera...

Toca el timbre antes de la parada rogando que se detenga el colectivo por la lluvia, pero no sabe por qué después de mirar el chofer su reloj pulsera sigue de largo; sí se detiene donde corresponde oficialmente. Desciende con las dificultades lógicas de su edad y de esa hora soportando los empujones, los pisotones, el apuro. Tiende el brazo para que alguien lo ayude y oye: “Pobre, está comprobando si llueve...”. Camina por la vereda y se guarece bajo un toldo y no se da cuenta cuando, a toda velocidad, pasa un sujeto que le sustrae la carterita. El viejito con la voz quebrada le reclama inútilmente la devolución, lo insulta y se lamenta: “Qué bronca, el desgraciado se lleva los caramelos de menta, algunas monedas y los remedios con la barrita de cereal que como cuando los tomo para que no me caigan mal con el estómago vacío; menos mal que tengo en mis bolsillos la SUBE, los documentos y la plata”. Nadie lo escucha. La lluvia ahuyentó a la gente.

Llega al banco, empapado, pero con la ilusión intacta. No ve la cola habitual en la vereda, piensa que el mal tiempo contribuyó. Cuando pasa por el negocio que está pegado a la institución le gritan: “Ojo, no siga, venga para acá; el dueño nos hizo un lugarcito para no esperar bajo la lluvia, él mismo reparte los numeritos para que nos atiendan por orden”.

La espera se hace sentir. Cuando entra al banco sí nota –como siempre– la cola que extrañaba. Al rato necesita ir al baño. Cuando le pregunta al de seguridad qué tiene que hacer, adivina la respuesta: “Aguante, hombre”, pero el hombre no da más, le sugieren que vaya a un bar. Arregla con el guardia para que, cuando regrese, lo reconozca, no pierda el lugar y cobre.

Cruza por la esquina cuando un motociclista lo esquivo a toda velocidad sin respetar la luz correspondiente y le grita: “Agilidad, viejito, agilidad”. Llega a la puerta del bar; lee en un costado las propagandas de las tarjetas de crédito y, en el medio, con letras llamativas: “El baño es de uso exclusivo de los clientes”. Como sabe lo que tiene que hacer –le ha pasado tantas veces–, pide un mate cocido, qué más, a esta altura del mes; en segundos se transforma en cliente y se dirige al baño.

Realizado el trámite bancario, decide visitar a unos familiares cercanos antes de regresar a su casa. El tiempo había mejorado. Un tenue arcoíris parece colgado. Llega al edificio familiar. Toca el botón para llamar el ascensor y se da cuenta de que no llega, hay corte de luz. Toma aire y se resigna a subir los dos pisos que lo llevan al departamento esperado. Transpirado, cansado, golpea la puerta y cuando se abre lo saludan como otras tantas veces: “Usted sí que tiene suerte, abuelo, cobra todos los meses, con la sequía que hay...”. El silencio congelaba el momento.

Las historias de María

Diana Rosa Martínez

Pensé bastante en cómo llamaría a estas historias. Soy cocinera. Me llamo María y me gusta pensar cosas que otras personas como yo no piensan. A veces mis compañeras de trabajo me dicen “bajá, María, bajá”, entonces aterrizo porque debo hacer mi tarea y, claro, todo el día no se puede estar pensando.

Trabajo en un hogar de ancianos. No voy a hablar de recetas de cocina, sino a contar historias de ancianos que viven allí.

Decidí comenzar este relato como he leído que comienzan algunas historias de escritores importantes (sí, además de pensar me gusta leer y, aunque tengo 48 años, estoy terminando mi secundario).

Comienzo de la historia

Todo parecido con la realidad es pura coincidencia. Los nombres de los personajes no son reales.

Además, agrego: Estos hechos sucedieron en un lugar cualquiera de una ciudad de Argentina, aunque no en cualquier momento histórico, sino a comienzos del siglo XXI, ese es el contexto. Sí, contexto, esa es la palabra exacta que necesito usar (cuando aprendo una nueva palabra me hace muy feliz saber también cómo usarla).

Las islas

En eso de las islas me desperté pensando esta mañana y me dije para adentro: “es como que en el hogar los abuelos y abuelas están en un inmenso río lleno de pequeñas islas. En algunas, dos, tres abuelos; en otras,

uno o una; pero los habitantes de cada una de esas islas no tienen contacto entre sí”.

Mientras servía los platos con otra compañera, así, como cosa mía, les iba preguntando los nombres. Si una le dice abuela o abuelo a todos por igual, ¿para qué tiene una un nombre, no? En esa y otras cosas pienso yo. A mí no me gustaría que cuando fuese vieja la gente se olvidara o no me preguntara cómo me llamo. También pienso si en un lugar así, donde hay muchos con la misma condición, pongamos, por ejemplo, en un hogar de niños, niñas o adolescentes, a todos se los llamará del mismo modo: “vení para acá, nene, vení para acá, nena”.

Es triste perder el nombre, ¿no? Parece que con los abuelos pasa mucho más, se pierde el nombre casi para siempre.

Cuando comencé a preguntarles los nombres, noté que les gustaba. Pero esta fue mi sorpresa (por eso, todavía lo de las islas): cuando le preguntaba a cada uno cómo se llamaba, el compañero que tenía un poco más lejos, o sea, en otra isla, ¿no sabía su nombre! Decidí desde ese momento, mientras sirviera los platos, ir de a poquito diciéndoles cómo se llamaban sus vecinos.

Pensando en voz alta, mientras ordenaba la cocina, me sorprendí diciendo: “Qué cosa, ¿no? ¿Pensar que hay algunos abuelos que hace tres, cuatro, cinco años o más que están acá y no saben el nombre del que tienen sentado en otra mesa o en otro rincón del hogar!”.

Recibí diferentes respuestas a mi comentario: un par de hombros alzándose para arriba..., un “dale, María, ponente las pilas para terminar que aquí no te pagan extras”, “¿Cómo van a saber los nombres si los viejos se olvidan de todo?”.

No todos los viejos se olvidan de todo. Al día siguiente muchos de ellos, sin que yo les preguntase, me decían el nombre de tres o más compañeros de otras islas. Cada día vi otro brillo en sus ojos cuando yo, especialmente, mientras le alcanzaba el plato casi en un juego cómplice, los saludaba con su nombre.

Por eso pienso: “Es triste perder el nombre cuando se llega a viejo, ¿para qué tiene el nombre una, no?”.

A los pocos días de eso de los nombres, me llamó la trabajadora social. Intrigada fui a la oficina, ¡lo que menos me imaginaba! Se había enterado de lo que estaba haciendo y le pareció muy bien, me estimuló a seguir practicando y, es más, dijo que armaría algún juego aprovechando mi idea.

“Para borrar las islas” (me sorprendí pensando en voz alta) y allí le expliqué mi idea del inmenso río y las islas. Se quedó un poquito callada, luego me abrazó diciendo “María, tenés una sensibilidad especial”. Aunque soy morocha, creo que me puse colorada, pero ¡estaba feliz!

A la tarde le conté a mi profesora de literatura del secundario y me alentó a escribir estos relatos.

La gran caja sin tiempo

En un momento dado llegó al hogar un muchacho joven y luego me enteré que era un terapeuta ocupacional, lo había convocado la trabajadora social. No entendía muy bien cuál era su función, me moría de curiosidad por ver cómo trabajaba.

Lo que pude observar es que desde el primer día, después del desayuno, cada vez que venía les leía el diario y comentaban las noticias (disimuladamente, mientras levantaba las tazas paraba la oreja, como quien dice). Allí me empecé a sorprender. ¡No sabían quién era en ese momento el presidente de la nación, ni en qué año estábamos! (2011, casi le soplo a uno).

Algunos viejitos ya estaban en su nube, por decirlo de alguna forma cariñosa. Mis compañeras a esos les decían “Chapita”, me dolía pero a veces me callaba o reía sin ganas, para disimular, para que no me hicieran *bullying*, como dice mi nieta que hacen en la escuela.

Aparte de esos abuelos de la nube había varios bien vivarachos que no sabían quién era el presidente, en qué año estaban, cuándo serían las próximas elecciones ni otras cosas más sencillas.

El terapeuta hacía muchos juegos con el tiempo, puso un almanaque con fichas al que cada día debían cambiarle la fecha. También les preguntaba a qué jugaban cuando eran chicos. Hicieron el árbol de los juegos. Me encantó.

Otra vez me sorprendí en la cocina, mientras lavaba las tazas pensando en voz alta: “Qué cosa, ¿no? Para los abuelos el tiempo acá se detiene, esto es como una gran caja en la que el tiempo está quieto, es como si las cosas solo pasaran por afuera de esta gran caja. Por suerte ahora viene el terapeuta

y hacen esos ejercicios, y otros con las manos que también deben ser útiles, para algo estudió”.

Los argumentos de mis compañeras eran muy similares, como que lo importante en un hogar es que los ancianos estuvieran limpios, bien atendidos, bien alimentados.

Ese día dije algo muy fuerte en la cocina de lo que no me arrepentí. Me sorprendí yo misma de estar diciéndolo: “Cuando llegue a vieja, yo no quiero que en mi vida se le dé importancia solo a mis agujeros, el de comer y los que son para las otras necesidades”. Allí di pie para que alguna saltara con algo del sexo (otro tema del que habrá que escribir un capítulo aparte. De eso hablaba en una oportunidad la trabajadora social). Continué: “¿Ustedes nunca piensan llegar a viejas?”. “¡Cruz diablo!” dijo alguna, risas de otras.

Definitivamente querían creer que esto de ser viejos les pasa a los demás. Pensaba agregar algo de los agujeros del alma, pero hasta allí llegué.

Por unos días fue como que me ignoraban, pero luego me fueron incorporando como María, la rara. Así pienso que me veían y no me molestó. En el fondo sé que hay que tener coraje para animarse a mirarse en el espejo de la vida.

De todo eso hablé con la trabajadora social. También le conté de mi idea de la *caja del tiempo detenido*. Ella escuchaba con atención cuando tenía tiempo y se despedía siempre con un abrazo y las palabras que me dijo el primer día y me hicieron poner colorada.

También le conté a mi profesora de literatura este último acontecimiento y me alentó a seguir escribiendo.

Rodolfo y una historia de amor

Rodolfo llegó un día al hogar por su propia decisión. Eso no es común porque casi nunca se le pregunta a un abuelo si quiere o no quiere estar en un hogar. Es triste llegar a vieja y que decidan por una ¿no? He escuchado decir algunas cosas como: “a fulano/a lo/a metieron en un hogar”. La idea de que se disponga de alguien como una cosa que se saca o se pone realmente me da mucho dolor. Claro que en ocasiones no hay otra solución. Pero, en otras, sí...

Sea como sea, es algo que nunca se plantea, es como natural. Por eso me encantó la respuesta que escuché que le dio la trabajadora social a la persona que estaba del otro lado del teléfono, justo cuando fui a llevarle un café: “Bueno, señora, deberíamos saber si su suegro quiere ingresar, tendríamos que ver la situación, le aconsejo que venga personalmente, no es algo para hablar por este medio, y venga con el señor”. Del otro lado de la línea cortaron. Seguramente ese anciano estará en otro hogar.

Volvamos a Rodolfo; me cuesta contar esto, pero es lo que más quiero hacer.

Vino solo. Era un hombre de aspecto saludable para su edad, cuidado en su apariencia. Luego me enteré de que era soltero, de que no tenía familia y de que muchas veces temía descompensarse estando solo. Bueno, todos esos temores que pueden tener como única compañía algunos viejos solitarios.

No podía pasar desapercibido. Rodolfo apareció una mañana en el comedor, a la hora del desayuno, muy orgulloso con una camisa roja, rrrroja, sí, exactamente ese era el color (necesité agregar más erres). No creo que muchos hayan visto en un hogar de ancianos ni en la intimidad del hogar a un anciano luciendo tan orondo una camisa como la que lucía él.

Y en ese lugar del inmenso río y de las islas que se empezaban a desdibujar, en la caja del tiempo detenido al que se le sacó la tapa, en el que casi siempre para nadie cambiaba de lugar, junto a Rodolfo se sentó Aníbal, un abuelo que, habiendo enviudado hace seis años y tenido tres hijos, de pronto se animó a descubrir y mostrar una nueva forma de amar.

Podría detenerme en los detalles, en todo lo que esto movilizó en el hogar, etc. Mi profesora de literatura me dijo algo que agradezco, pues no sé cómo hubiese hecho para salir de este relato.

¿Saben qué me dijo? : “Dejalo así”. Por eso, hasta mis próximos relatos.

FIN

B. Categoría: hasta 60 años

Anacronismo

Adriana Marta Canestri

“La gente está apurada por llegar a ningún lado.”

Andrés Calamaro

Martes al mediodía, por la calle Piedras en dirección a Avenida de Mayo camina un anciano. Viste pantalón azul, camisa blanca con hilachas del tiempo y un saco de lana protegido en los codos por fieles pitucos de cuerina. Tiene piel rugosa, el pelo blanco pero abundante y ojos azules deslucidos por el paso de los años. Su marcha es cauta, de pasitos cortos, y su postura, rígida. Un andamiaje, levantado para la remodelación de una fachada, angosta aún más la vereda y obliga a caminar en fila india. Todos están apurados, tratando de abrirse paso, hablando por celular o escuchando música, con un aire de eficiencia y satisfacción que solo desaparece cuando un obstáculo impide su avance presuroso. El anciano, con su caminar tardo y fatigado, entorpece la marcha de la multitud. Un hombre joven, de impecable traje negro, mochila porta notebook y smartphone en el oído, va detrás de él. “Mierda, ¿para qué sale a la calle este viejo? Le daría una patada en el culo para que acelere”, comenta al ignoto interlocutor del otro lado del teléfono. Levanta la pierna y reproduce con el gesto su intención. Luego, con una sonrisa entre divertida y avergonzada, se da vuelta para observar la reacción de quien le sigue. Nadie intenta captar con su celular la bochornosa mímica. El andamiaje termina, el hombre es dejado atrás, sobrepasado por los costados. Continúa su andar pausado para tomar el colectivo que lo llevará a su casa. Subir al colectivo, que no se detiene cerca del cordón de la vereda, es un contratiempo que intenta salvar con un pedido amable al conductor. La leve disminución acústica que lo acompaña desde hace unos años le evita escuchar las protestas del colectivero y del resto de los pasajeros perseguidos por el avance del reloj. Saca el boleto y mira en busca de un asiento. El colectivo está lleno. Nadie lo mira. Algunos

leen, otros hablan mirando la nada, están los que escuchan música con auriculares en sus oídos y se mueven siguiendo un ritmo que deja adivinar la melodía, muchos duermen y los demás observan, con verdadero interés turístico, los edificios de la Avenida 9 de Julio. Tomándose de uno de los caños amarillos trata de mantener un equilibrio esquivo. Una adolescente con chupines azules y remera muy amplia, pelo negro con una vincha encima que le empuja el flequillo hacia la frente, muñequeras negras con dibujos de calaveras, uñas color ciruela y un piercing en la nariz se levanta, le toca el brazo suavemente y sin hablar, con un gesto, le señala el asiento. Él sonríe, agradece y trata de cruzar su mirada con la de ella. Obtiene un éxito parcial en su intento porque uno de sus ojos se esconde tras la mata negra que impone la moda. Sin embargo, por un instante, cree que entre ambos logra establecerse una conexión comprensiva. Observa con mirada amable a todos y a nadie, con la perspectiva afinada de la experiencia y el asombro ante la extrañeza de lo nuevo. Dos cuadras antes de llegar a la parada se levanta para acercarse, con su paso lento e inseguro, a la puerta y pulsar el timbre. Ya en la vereda decide entrar al supermercado para comprar pan, medialunas, fideos y unas manzanas que carga en un carrito. Al llegar a la caja se da cuenta de que se olvidó de pesar la fruta; deberá regresar al mostrador correspondiente para hacerlo. Empiezan los bufidos y las protestas verbales de los impacientes de siempre. Para no molestar está decidido a renunciar a la compra pero una joven embarazada, que está en la cola detrás de él, se ofrece para efectuar el pesaje. Saca con dificultad los billetes para pagar (sus dedos ya no son tan dúctiles como antes) y recoge las bolsas para su retorno a casa. Cuando entra, desde la cocina le llegan los ricos aromas de un pollo a la plancha y la voz cálida de su mujer.

—Hola, viejo. ¿Cómo te fue en el médico? ¿Llegaste bien? ¿Tuviste problemas en el viaje?

—Todo perfecto. Compré lo que me pediste —responde.

Ya en la cocina se acerca a darle un beso a su esposa y depositar la carga. Se sienta levemente agitado junto a la mesa y se toma un vaso de agua que ella le ofrece.

—¡Cuánta gente en todos lados, María! ¡Todos tan apresurados! Muchas caras de preocupación y cansancio. Pero siempre hay gente amable. Una jovencita me cedió el asiento en el colectivo y otra, embarazada, se ocupó de pesarme las manzanas en el supermercado. Hemos tenido suerte, María. Nuestra vida siempre ha sido más tranquila que la de los

jóvenes de hoy. ¿No te parece? –explica, con una sonrisa que llena de luz su cara confiable.

Envejecer

Catalina Seinhart

Athina paseaba. Athina paseaba por la calle. Athina paseaba por la calle del barrio. Athina sigue paseando, pero no encuentra el lugar a donde se dirigía. Athina sigue paseando y se pregunta si esa era la esquina por la que tenía que doblar. Athina sigue paseando, pero no recuerda en qué dirección tiene que ir. Tampoco de dónde vino. Está perdida. Athina sigue paseando y un muchacho se acerca a ella: “¿Está bien, señora?, ¿necesita ayuda?”. Athina lo rechaza educadamente y sigue paseando.

—¿Qué hora es, Cati?

—Las ocho menos cuarto de la noche, Yaya, ya me lo preguntaste tres veces en los últimos cinco minutos.

—Ah, sí, tenés razón, me olvidé... ¿Y cuándo vuelven Niki y tu mamá?

—¡No sé! Dentro de poco, ya te dije –le reprocho furiosa.

Silencio. Nos quedábamos una en cada sillón calladas hasta que se rompiera de nuevo el silencio y me preguntara lo mismo. Generalmente yo prendía la televisión porque no tenía ganas de entablar una conversación. Y después lo mismo, el silencio se rompía y de vuelta las mismas preguntas. No sé por qué me enervaba tanto, pero esa hora que transcurría entre que mi abuela llegaba a mi casa y que mi mamá y mi hermana también lo hacían para, así, poder cenar en familia me volvía loca. Ya la sola imagen de verla atravesar la puerta de entrada, apenas caminando, dando pasos de ratoncito porque se negaba de manera categórica a usar bastón y por eso alguien debía llevarla del brazo (me irritaba). Una puerta que ya otras tantas veces había cruzado, pero que, en esas ocasiones, lo había hecho con la cartera rebosante de golosinas y con los paquetes de figuritas para completar el álbum de moda que en ese momento los niños coleccionábamos. Una puerta que cruzaba de otra manera y, claro, yo también de otra manera la recibía.

Ahora era yo la que debía hacerle compañía. Y la propuesta es sensata, es noble, pero ¿quién pensaba en mí? Porque era yo la que debía soportar que me preguntaran lo mismo por quinta vez consecutiva en un plazo de diez minutos.

Entonces nos quedábamos sentadas en el sillón, calladas, hasta que llegaban mi mamá y mi hermana y nos llamaban para ir a cenar.

Cuando llegaba el fin de la velada, sabía que era yo la que debía acompañarla hasta abajo. Ello conllevaba un proceder que requería de una paciencia que, no hace falta aclarar, no se encontraba a mi disposición, pero de todos modos accedía, a regañadientes, a pedido de mi mamá. El taxista satisfacía de mala gana mi solicitud de ubicar el auto sobre la vereda, en la puerta del garaje, para poder maniobrar mejor, puesto que subirla al taxi se asemejaba a un juego de encastre. —Dale, nena, ¡apurá! —gruñía impaciente, mientras yo acomodaba las piernas de Athina dentro del auto. Piernas cuyos pies ahora lucían unos zapatos de suela llana, comprados para reemplazar esos glamorosos tacos que ya no podía usar más porque “se iba a matar” —en palabras de su hija.

Se manejaba en taxis desde la última vez que llamaron de la confitería a la que siempre concurría. Yaya siempre iba, le gustaba ese lugar, quién sabe por qué. Anteriormente ya nos habían contactado algunas veces porque se perdía. Mi mamá iba a recogerla y daba vueltas con el auto por la manzana hasta hallarla. Un día sonó el teléfono de la casa, del otro lado de la línea se oían rabiosos. Ese día llamaron para decir que había dejado todo el baño sucio, que casi se caía por las escaleras, que “nosotros no somos cuidadores” y que no vaya más, a menos que lo haga acompañada. —La fui a buscar y no la llevé allí nunca más —recuerda mi mamá.

En el hospital la tienen atada a la cama de ambos brazos porque si no se toca, se quiere salir, riñe. Las enfermeras se refieren a ella como “la señora que pega”. Qué ironía, toda una vida de compostura y gracia para terminar con ese epíteto. Muerde y pega porque no entiende, no entiende que la pinchen, que la toquen, que lo hacen para que esté bien —decimos nosotras—, para que mejore. ¿Para que mejore de qué? No entiende que lo hacemos por su bien. ¿No entiende? Sí, pega y forcejea cuando viene el médico, ya le tiene miedo. También duerme o se está quieta con los ojos abiertos mirando a la nada, no sé en qué estará pensando. Yo solo quiero que me vea y me hable. Me gustaría que me pregunte cómo fue mi día, contarle del pleito que tuve otra vez con Juli, contarle que al final ya nos amigamos de vuelta

porque no fue nada grave, que no se preocupe. Pero viene de vuelta el médico o la enfermera. Y esta vez llora. Lloro porque no entiende que lo hacemos por ella, que se lo dejamos hacer por su bien, que dejamos que la pinchen y la toqueteen para que mejore. ¿Para que se mejore de qué? Pero sigue llorando. Y yo miro para otro lado porque si no voy a empezar a hacer lo mismo. ¿No entiende? Pero quizás es cierto que no entiende, los médicos dicen que es obstinada, si no ¿de qué otra forma se explicaría tal empeño por aferrarse a la vida? Pareciera que no la quiere dejar ir. Con la mirada perdida, fija en la puerta abierta de su habitación. ¿En qué estará pensando? ¿Estará esperando a alguien? Quizás a su hijo, que se marchó junto con los primeros indicios de su condición venidera y junto con lo que quedaba de su jubilación antes de que se la cortaran por completo.

Los médicos abusan en el trato, abusan de los medicamentos que invaden un cuerpo tan frágil, pero ellos al menos piensan ser bienintencionados. Hay quienes son peores: me despierto a la mañana con los gritos de mamá al teléfono, peleando con la quinta persona a la que la derivaron de la obra social porque nadie quiere “cargar con un muerto” —o, al menos, esa es la expresión que escucho decir hace tres años—. No quieren enviar los suministros que cuestan fortuna. —¡Les voy a mandar una carta documento! —amenaza, a modo de ultimátum, en su calidad de abogada. Es la única forma con la que logra efectivizar su pedido. Y funciona. A los días llega la caja con alimentos, jeringas y pañales.

Que la cama antiescaras, la kinesióloga, las enfermeras, los estudios... y así pasaron 5 años.

Pero qué cruel es, también, estar recordándola así, con estas palabras, haciendo un análisis reduccionista de lo que fue su vida cuando solo estoy contando lo que fueron sus últimos años. Yo también caí en la trampa de hacer una simplificación de lo que percibí en ese momento, en dejar que su persona, sus gestos, su cara y su sonrisa, sus ojos, sus manos, que llenaban de dulzura a quien se encontraran en el camino, se vieran absorbidos por la historia de su enfermedad, que fue lo de menos. O, quizás, solo caí en la trampa del eterno autorreferencial.

Pero en los momentos de vulnerabilidad la gente olvida que esas personas fueron y son más que ese objeto de lástima o de maltrato, creyéndose impunes y libres de ese destino. La gente suele olvidar que ella también fue joven. Más que joven, porque la gente también suele creer que ser joven esconde un valor en sí mismo. Fue trabajadora, fue coqueta —tanto

es así que más de un hombre cayó presa sus encantos—, fue amable, fue despistada y pésima conductora —tanto es así que una vez se frenó en plena autopista para poder leer mejor el cartel—, fue madre, fue sostén económico de su familia —relegando muchas veces, por ello, ciertas tareas de la maternidad—, pero fue mejor abuela.

Y aunque ya pasó algún tiempo, la vuelvo a reencontrar en la escena de un sueño.

Estoy en mi casa, me dirijo hacia la sala de estar. Cruzo el umbral y encuentro a mi mamá y a mi hermana charlando, estamos por cenar. Sentada en el sillón, la veo claramente, tan solo a dos metros de mi mamá, pero ella parece no percatarse de su presencia. Sorprendida y extrañada por su aparición repentina en nuestra casa le pregunto: “Yaya, ¿qué hacés acá?”. Enseguida sonrío y se lleva el dedo índice a los labios, quizás para que nadie se dé cuenta más que yo de su llegada. Mi mamá y mi hermana siguen conversando y se dirigen hacia el comedor para sentarse en la mesa, y yo no puedo hacer otra cosa que ir a abrazarla. Mis ojos se empañan mientras ella acaricia mi pelo. Nos quedamos, abrazadas, sentadas en silencio en el sillón del living con los alaridos de la televisión prendida de fondo, esperando a que nos llamen para ir a cenar.

Vos podés

Lucía Marianela Ruidiaz

Rogelio se pone su camisa azul, su preferida. Agarra sus cosas y sale a tomar el colectivo.

De ida, piensa en todas las veces que se detuvo.

Esa vez cuando tenía dieciocho y sus amigos no pensaban en otra cosa que no fuera la joda. Y por estar con ellos se detuvo.

Cuando tenía veintitrés y pensaba que no iba a encajar con los demás. Se detuvo.

Cuando tenía veintiocho y su familia le decía que él estaba fuera de onda. Se detuvo.

Cuando pensaba en dejar el trabajo que lo consumía, pero no tenía con qué costearse la vida. Se detuvo.

Después de su primera hija, Catalina. Pero su mujer le decía que se dejara de joder. Que no era más un pendejo. Se detuvo.

Después de su cumpleaños número treinta y seis, mientras pensaba en un deseo. Pero al abrir los ojos veía que los demás lo miraban subestimándolo. Se detuvo.

A sus cuarenta.

Después de su segundo hijo, Julián.

Después de romperse la pierna trabajando de remisero.

Después de mirarse al espejo y notar su cabello canoso.

Antes de que le detectaran diabetes.

Después de cambiar de alquiler.

En el cumpleaños de Cata.

El día del trabajador.

En la primavera.

En Navidad y Año Nuevo.

En cada mes de septiembre.

Cada noche antes de dormir y el día siguiente al levantarse.

Siempre se detuvo. Casi toda su vida.

Sentado en el último asiento del colectivo 104, y agarrándose de las manos mientras pensaba, dejó correr unas lágrimas por su mejilla.

Le temblaban las piernas y sentía que se iba a desmayar.

La última vez que les pasó betún a sus zapatos fue en la primaria. Cuando su mamá Rita lo preparaba para los actos de la escuela.

Que sos un viejo. Dejate de joder. Dejá eso para los pendejos. No te creas un pibe que te queda feo. Vos ya no servís. Ubicate. Te vas a morir y no vas a conseguirlo. Vas a perder el tiempo. No te da más la cabeza.

Todas esas palabras le venían a la mente mientras respiraba profundo para no detenerse. No otra vez.

Bajó del colectivo. Caminó despacio las dos cuadras hacia la puerta principal. Cerró los ojos y se dijo a sí mismo: Vos podés.

Con su mano temblorosa empujó la puerta y entró.

Fue directo al baño.

Ahí adentro buscó en su bolso marrón las indicaciones escritas en un papel.

Se le volvieron a caer unas lágrimas.

Se miró al espejo y se acomodó su poco pelo que le quedaba.

Fue caminando hacia la puerta que tenía el cartel verde manzana.

Juntó fuerza y la abrió por primera vez.

Ahí estaba Rogelio un lunes por la mañana. Donde siempre quiso estar pero siempre algo lo detuvo. Hasta hoy.

Sacó su cuadernillo con tapa de montañas y su birome azul, y se presentó.

—Buenos días, soy Rogelio, tengo 67 años y quiero ser arquitecto.

Raro

Hugo Pisa

Raro. Qué palabra espantosa. Fue el pensamiento que se le interpuso cuando el semáforo la obligó a parar. Darle vueltas a una idea no era algo que le agradara. Todo lo contrario, le parecía innecesario: no hacía otra cosa que estimular la aparición de otras que podían derivar en cualquier lado. Pero en ese momento, con el hombrecito que le impedía continuar, sintió que estaba frente a algo distinto. Y eso que no alcanzaba a nombrar la tironeaba (o pretendía hacerlo) hacia un lugar que percibía como amenazante.

Ella decía que, a medida que los años se acumulan, vamos armándonos de frases que usamos como si fueran talismanes que sirven para contrarrestar los problemas. Una que repetía con mayor frecuencia frente a cualquier situación, propia o ajena, era que las personas se dividen en dos: las que evitan y las que afrontan.

Esa mañana de sol tímido, rodeada de gente desconocida que hablaba en voz alta con “manos libres”, que miraban y se miraban en el celular, que estaban callados, que tenían la mirada perdida, que buscaban mezclarse, que buscaban un sentido; esa mañana decidió que tenía que afrontar aquello que no podía nombrar, que no la dejaba, que había explotado a la noche sin dejarla dormir; y no conforme el insomnio, le tiró baldazos de recuerdos.

—Ya está —dijo—. Ahora cruzo, entro al banco y me manejo como si ayer no hubiese pasado nada. Afronto.

Luz verde.

Se adelantó con un paso de malambo que se hundió en el pavimento; la otra pierna quiso hacer lo mismo y, en ese instante en el que quedó suspendida, alguien la empujó. Miedo, sintió miedo, mucho miedo, e hizo lo que siempre quiso evitar, algo que ella odiaba. Entonces gritó. Y extendió los brazos con las manos bien abiertas. Ahí estaban los anillos de casada, de herencia, de recuerdo. Brillaron en un parpadeo. También sintió un viento que le atravesó la cintura: se le había levantado la camisa. Y con miedo, con más miedo. Y con los brazos bien estirados, como los de un arquero que

sabe que no llega pero lo mismo se esfuerza. No se resigna. Con esos brazos y esas manos bien abiertas se colgó de un traje gris oscuro. El alivio de inmediato dio paso a la vergüenza.

—¡Pero qué hace, señora. Por favor! —se quejó el dueño del traje.

—Disculpe, señor, caballero, disculpe, lo que pasa es que casi me caigo, alguien me empujó. No sé, disculpe.

—¿Está bien?

—Sí, sí, estoy bien, gracias.

—Fíjese si le abrieron la cartera.

—No, por suerte está todo bien, gracias.

—Qué raro.

La puerta giratoria del banco tragaba gente de afuera y la escupía para adentro. Se tomó el pulso con los dedos índice y mayor apoyándolos en el cuello y contó cuántos latidos entraban en quince segundos y los multiplicó por cuatro: 92.

—Bien —dijo—. Ya está.

Era la primera vez que se tomaba el pulso en la calle: eso era algo habitual al terminar una clase de gimnasia, de pilates, de *aquagym*; pero no en la puerta de un banco. El pulso estaba bien; ella no. Decidió hacer una pausa, quedarse afuera. Para darle un sentido a esa espera se le ocurrió tomarle tiempo a un cliente; desde que entraba hasta que, por fin, se iba. Eso la distrajo.

Todavía faltaban dos horas para encontrarse con Nora. Habían quedado la noche anterior, la que no pudo dormir. La llamó para contarle lo que le había pasado en el banco. Le dijo que a la chica de la recepción le resultó raro que ella se llamara Verónica y que le dijeran Vero. Y que, cuando dijo eso, no solo la chica se rio, sino que repitió con asombro que su nombre en realidad era Angélica Verónica. Y que, según ella, a una persona de 81 años le era propio o quedaba mejor que usara el primer nombre. Y Nora le preguntó por qué; y Vero se preguntó lo mismo. No solo eso, Vero le aclaró a la chica que nunca le había gustado el nombre Angélica. Y entonces le contó que ella se volvió a reír al mismo tiempo que le preguntó cómo hacía cuando iba al hospital. Y Vero le dijo a Nora que fue ella la que se rio en ese momento, que fue una risa de triunfo —le aclaró—, para luego contarle que le dijo que ella no iba al hospital salvo que lo necesitara, por supuesto. Y la chica volvió a decir “qué raro”. Nora le preguntó a Vero si en algún momento se había enojado. Vero le contestó que no, que todo lo contrario,

que se había sentido mal; y Nora le dijo que no tenía que sentirse así, pero lo dijo sin convicción. Fue en ese momento que la invitó a almorzar para hablar bien sobre lo que pasó. Y Vero le dijo “gracias, Nori”.

Ahora en la puerta del banco esperó hasta que un cliente le llamara la atención. Eligió a un hombre flaco de saco azul, le resultó divertido el parecido que tenía con un actor al que no pudo ponerle el nombre. El hombre antes de dejarse atrapar por la puerta miró para todos lados y esa mirada se cruzó con la de Vero. Ella lo miró y miró el reloj también. El hombre bajó la cabeza. Entonces imaginó que la chica de la recepción al verlo pensaría lo mismo que ella respecto del parecido con el actor. Y esa supuesta coincidencia y complicidad la reconcilió con la situación del día anterior. Pero lejos estaba el deseo de entrar al banco y exponerse de nuevo. De todas formas –pensó con resignación–, entrar al banco iba a ser una situación que se repetiría. No había opción: todos los meses tenía que concurrir al mismo lugar y esperar, esperar mucho para cobrar por los cuarenta años de aportes. Era una espera en la que había gente que se quejaba, se descompensaba al punto de tener que llamar a una ambulancia. Y al mes siguiente, a pesar de esas quejas y esas descompensaciones, todo seguía igual. Cada mes, además, se acompañaba de una obligación: la obligación de confirmar que seguía viva (lo que en idioma bancario se llama supervivencia). En ese momento pensó que la prueba de supervivencia era pasar por lo mismo todos los meses y la de exponerse, también, a empleados nuevos que cada vez parecían durar menos. “La jubilación en vez de ser un reconocimiento es un castigo”, dijo moviendo los labios. “Porque solo a los jubilados nos obligan a confirmar que seguimos vivos. A nadie le piden que sí o sí todos los meses realice una compra con tarjeta para decir: respiro”, le comentó a Nora en el último llamado. “En el banco al que voy yo”, dijo Nora, “te hacen poner el dedo en el cajero. Te lee la huella y ya está”. Y Vero dijo que cambiaba la forma, pero el sentido era el mismo. “Creo que nos tienen bronca”, sentenció antes de cortar. También recordó que la chica con la cual se encontraba reconciliada no le contestó bien a otra mujer. Eso en un punto la tranquilizó: no había sido solo con ella. Esa mujer entró y pidió en voz alta y lastimosa si alguien podía ayudarla con el número.

—Necesito que me atienda un cajero humano porque al otro no lo entiendo.

—Ponga su DNI en la máquina y le va a salir el número –le dijo la chica.

Pero la mujer sacó su documento y seguía sin saber qué hacer. Un cliente se acercó y le ofreció ayuda. El número que salió venía precedido de la letra “D”.

—¿Qué significa esto? —protestó la señora—. ¿Cómo sé cuándo me toca a mí?

—Cuando ese número aparezca en la pantalla —dijo la chica, inmóvil, en la recepción—. Un poco de voluntad, señora, que estamos atendiendo, ¿sí?, gracias —agregó.

—Es que no sé —repitió la señora. Y desapareció entre toda la gente que ya había conseguido dónde sentarse.

—Siempre hace lo mismo —comentó la chica en voz alta, y el cliente que esperaba su tarjeta de crédito no dijo nada.

Vero miró el reloj. Había pasado un poco más de media hora y el hombre de saco azul parecido al actor seguía adentro. Pensó que no tenía sentido seguir esperando. Que era absurdo el juego que se había propuesto. Que afrontar o enfrentar de nuevo a la chica le resultaba algo innecesario. Sintió un cansancio oscuro. El sol, por su lado, se había ubicado en el centro del cielo y estaba solo, como si hubiese espantado a todas las nubes.

Se iba a encontrar con Nora. Eso la tranquilizó. Estuvo a punto de mandarle un mensaje diciéndole que ya se había desocupado. Y que, si ella quería, se encontraban antes; pero prefirió no enviar nada y caminar. Llegar antes. Esperar. Y pensar qué le iba a decir cuando le preguntase por qué no había afrontado la situación. Pero era lo que menos le importaba.

Vero pidió un cortadito como a ella le gustaba: un cortadito, sin aclarar nada; ni mitad y mitad; ni más leche que café; ni más café que leche; ni café con leche fría aparte. Le divertía la espera del mozo de alguna especificación y cómo se iba con un agradecimiento cómplice cuando ella le volvía a decir: un cortadito, nada más. Ese mañana todo se dio de la misma manera; pero el mozo antes de irse dijo:

—Qué raro.

Abrió el diario por las páginas del final, un artículo se titulaba “Borges, en estos días”. De manera trágicamente divertida relataba las dificultades por las que tendría que atravesar el escritor si siguiera vivo. Si siguiera *superviviendo*. Imaginó un encuentro de él con la chica del banco. Imaginó, también, a la chica pidiéndole disculpas.

Nora entró demasiado abrigada. Y no parecía nerviosa, estaba nerviosa. Saludó a Vero. Fue un saludo superficial. Dejó la cartera y con una seña le

avisó que se iba al baño. Cuando salió parecía aliviada; pero no lo suficiente.

—¿Mejor? —preguntó Vero.

—Sí, disculpame. Me cambiaron la medicación y no paro de ir al baño y estoy con escalofríos todo el tiempo.

—Qué raro —dijo y se rio. Nora también hizo lo mismo.

—Sí, esto no me había pasado nunca; pero bueno, es así.

—Los cambios que hay que afrontar —asintió Vero. Luego hizo seña al mozo y pidió dos cortaditos más.

El sueño de Juan

Mónica Valeria Mansilla

Dicen que Juan llegó al pueblo caminando. Parece que venía desde muy lejos, pateando una que otra piedrita, en un camino difícil para quienes están solos.

No sé muy bien por qué, a pesar de su espíritu libre, se quedó aquí.

Su juventud, quizás, lo ayudó a sortear la pérdida sin igual de un gran amor, que quedó lejos, allá, al otro lado de la cordillera.

Los días para Juan siempre fueron muy iguales, frecuentar los mismos lugares y beber algunos vinos que se hicieron cotidianos, repetidos.

No era raro verlo en su bicicleta y escucharlo cantar largamente mientras volvía a su casa. Pena, su canto era de pena.

Solo. Siempre solo Juan.

Cada uno de sus días, con sus noches de cielos apagados, los vivió sin prisa; como esperando algo o a alguien que le cambiara la vida.

Así el tiempo fue pasando y los años invadieron el cuerpo, las canciones, los buenos vinos que ayudaban a olvidar las penas, y los amigos ocasionales que se mostraban apenas.

Juan se estaba poniendo “grande”... sí, grande, él lo decía claramente mientras sus ojos cansados y abarrotados de historias miraban fijamente a quien por casualidad y en un suspiro intercambiaba algunas palabras con él.

—Grande sí, viejo no —esas eran sus palabras ante algún comentario un tanto desolador sobre el paso de los años. Las acompañaba con una sonrisa tenue, y hasta extraña; vacía, quizás, o al menos eso parecía.

Así pasaron los años para Juan, que comenzó a notar que ahora que estaba “grande” ya no lo veían igual.

De repente, ya no querían escuchar sus historias porque las repetía muchas veces, no compartían sus canciones porque eran de “viejos locos” y no confiaban en su trabajo porque “a esta altura de la vida, la gente se pone torpe”.

Su pasar por las calles ya comenzó a ser distinto, ya no cantaba, no conversaba y no reía.

La soledad y el desinterés del común de la gente le caló el corazón, lo inmovilizó y llegó a decir con dolor:

—La gente se cree que nosotros no servimos para nada.

Y un día Juan enfermó. Sus largas noches y sus cortos días le jugaron una mala pasada, que lo llevó de pleno al hospital local. Allí, todos creyeron que de esta no saldría, con “tantos” años, todo es un mal mayor.

Pero Juan salió.

Miró a su alrededor y no entendió, pero supo que volver a su soledad no era el camino; y ante la franca y sentida conversación que tuvo con Silvia, la asistente social del hospital, decidió quedarse a vivir en el hogar de adultos mayores...

Fue entonces que sus días se tiñeron de colores, porque pudo descubrir que sus charlas fueron escuchadas e interesantes para alguien, que es posible descubrir la amistad aun siendo “grande” y abrazó a Manuel, de quien se volvió inseparable.

Sanó de a poco, en sus últimos diez años, de aquellos dolores causados por la indiferencia de quienes creen que, a una determinada edad, uno ya no sirve para nada.

Fue feliz Juan e hizo felices a quienes lo acompañaron.

Recuperó lo que nunca debió haber perdido: la capacidad de soñar, que nada ni nadie, independientemente del tiempo, nos puede robar.